



## UN VIAJE BARATO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Madrid está muerto.

El verano, que da vida á los campos, mata á las ciudades.

Quando los pájaros hacen sus nidos, y los árboles se cubren de frutos, y las llanuras de mieses, y los montes de verduras, las ciudades, esa segunda naturaleza de piedra, de ladrillos y de cal que ha hecho el hombre civilizado, detienen su existencia, suspenden su agitación, esperando, para recobrar todo el calor de su vida afanosa y brillante, los fríos y las oscuridades del invierno.

Parece que los grandes centros de la vida humana se despojan de sus encantos en el momento en que la naturaleza se adorna con los suyos.

Así como en Madrid no hay gente medianamente ilustrada que no haga de la noche día, así estas



ciudades populosas, estas colmenas de la humanidad, hacen del invierno de la naturaleza el verano de su vida.

Mirad á Madrid.

Está sentado sobre una llanura árida y extensa, como un viajero fatigado en medio de un camino.

Abre sus calles espaciosas para respirar, y traga polvo. Se ha reclinado sobre la orilla de un río, que apenas anda oprimido por la sed, y en vano pretende ocultarse á las miradas del cielo bajo unos cuantos árboles que no le dan sombra.

Se ve triste, desmayado como la luz de una bujía sorprendida por la claridad de la mañana.

Visto desde la cumbre de la montaña del Príncipe Pío, durante la noche parece un cementerio: sobre todo, á los pálidos reflejos de la luna.

Desde este sitio, ayudada la vista por la fantástica red de luces que se agitan en su recinto como esos fuegos misteriosos que brotan de las sepulturas, se pueden leer singulares epitafios.

Ved aquí unos cuantos.

Pero no; respetemos los misteriosos secretos de la corrupción. Tengamos á lo menos el pudor de nuestras miserias.

Suspendamos esta excursión fúnebre, porque no tenemos derecho á penetrar en la vida privada de los muertos.

Dejemos á Madrid.

Para dejarle no tengo más camino que el que me abra mi pluma sobre el papel; pero es bastante.

Voy á echar un vuelo por el risueño campo de mis deseos.

Es un viaje para el cual no necesito ni asiento en la diligencia, ni equipaje, ni pasaporte.

Viaje barato, que pueden hacer conmigo todos los pobres.

Es una excursión de verano, que para hacerla no se necesita dinero.

No hay un avaro que, al leer estos renglones, no abra los oídos tanto como abre las manos cuando recoge la usura, que es la cosecha de la avaricia.

Yo mismo estoy asombrado al tropezar con la idea de que pueda dar un paso entre los hombres sin que me cueste dinero.

Antes de ponerse en marcha, hay que resolver una cuestión importante: es preciso saber adónde vamos.

Casualmente, y por una extravagancia sin duda, la tierra está poblada de lugares desiertos, y el mar nos rodea como si nos quisiera prender.

Esta especie de contrasentido trae otro: podemos hacer una elección libre.

Es decir, que podemos más que el gobierno.

No hay más que pedir: la naturaleza paga.

Pido, pues, la falda de una montaña, cubierta de césped, sombreada de manzanos y de arbustos silvestres.

Quiero que esté airosamente cortada por un valle cuajado de castaños, por entre los cuales ha de saltar un arroyo, fresco como la cara de un niño, y limpio como la pluma de un cisne.



No creo que mi mujer se ofenda porque yo me recueste sobre esa falda graciosa.

Necesito una colina que se levante á mi espalda, más accidentada que una soltera de treinta años y más caprichosa que una señorita de quince.

Me es indispensable un precipicio por donde baje cubierto de espuma, semejante á un caballo desbocado, un torrente impetuoso, sobre el cual es preciso que se adelante una roca pelada, calva como la cabeza de un anciano que lee en aquel libro la impetuosidad de las pasiones y la rapidez de la vida.

Este paisaje es necesario que descienda en suaves ondulaciones hasta esconderse debajo de las ondas del mar.

¡El mar! Magnífico lienzo, que tiene por marco el horizonte.

Soberbio elemento, que azota sin descanso las rocas de la costa y lame eternamente las arenas de la playa.

Ya estamos en las orillas del mar; las olas se empinan, y se levantan, y se amontonan, y van sucesivamente doblándose hasta besar nuestros pies.

Al verse uno sorprendido con este saludo súbito, no puede menos de retroceder algunos pasos exclamando: «¡Hola!»

He aquí el sitio que elegimos para pasar el verano.

No he pedido flores ni pájaros, porque donde hay agua y aire, las flores no faltan ni los pájaros huyen.

No he pedido cielo, porque el cielo está en todas partes.

Pero necesito sobre todo tener aquí mi media naranja, porque solo sentiría á medias la risueña perspectiva de este paisaje solitario sin esa mitad de mí mismo.

Los que vengáis, traeos vuestros hijos, y todo lo veréis con muchos ojos, y todo lo sentiréis múltiple, como si tuvierais muchas almas y muchos corazones.

Es imposible dejar á Madrid con menos incomodidades y menos gastos.

La imaginación es un recurso que siempre está dispuesto á satisfacer nuestros deseos.

El hombre tiene dentro de sí un amigo complaciente que todo se lo facilita.

La ilusión es la realidad de los que no tienen un real.

Es el fausto de los pobres y el ferrocarril de los deseos.

Yo no he encontrado otra puerta para salir de Madrid, y se la dejo abierta á los que quieran imitar mi ejemplo.

¡Cuántos estarán viajando como yo!







## LA FORTUNA

---

**H**AY dos fortunas.

La primera consiste en una combinación feliz de circunstancias que nos proporciona un bien inesperado. Misteriosa reunión de elementos que vienen á realizar repentinamente el más ardiente de nuestros deseos.

Esta es la fortuna con que contaba César, casi la misma con que cuentan los jugadores de lotería.

Al volver Napoleón de Egipto, no hizo más que poner todo su dinero á un billete de la lotería moderna : contaba, como César, con la fortuna, y le cayó : el premio era un imperio.

La fortuna, de suyo caprichosa, no se satisface siempre con vencer todas las probabilidades, con reirse de todas las previsiones humanas; tiene además crueles extravagancias.



Newton había interrogado mil veces al universo entero, había repasado hoja á hoja todas las páginas de la creación, buscando la existencia de una ley universal.

La tierra rodaba bajo sus pies, y las estrellas giraban sobre su cabeza; aquella vasta inteligencia no alcanzaba á descifrar el enigma.

Mil veces su profunda observación se fijaría en las tempestades del Océano. En él vería las olas levantarse, sacudir sus soberbias crestas como una montaña movable, y hundirse una tras otra en los abismos de la mar.

De la misma manera las vería empinarse sobre las arenas de la orilla, cayendo tumultuosas como una pared que se desploma, y cubriendo de espuma el sonoro recinto de la playa.

Alguna vez Newton vería llover; alguna vez observaría esa cómoda propensión que tiene el agua á caminar siempre cuesta abajo.

El gran Newton, ¿no vió nunca rodar una piedra desde la cima de una montaña hasta el fondo de un valle?

Absorto en sus contemplaciones, ¿no sintió alguna vez que el bastón se le escapaba de entre las manos? ¿No experimentaba su propia gravitación sobre la superficie de la tierra?

Sin embargo, la ley universal permanecía oculta á su penetrante mirada.

En vano fatigaba su poderosa inteligencia lanzando su escudriñador pensamiento por los brillantes espacios de la sabiduría.

El secreto se ocultaba con impertinente tenacidad entre las hojas de un arbusto.

Un día fijó Newton en él sus ojos indiferentes, al mismo tiempo que una manzana se desprendió del tallo que la sostenía.

La naturaleza debió sonreirse al ver en aquel momento el asombro del sabio: la manzana, cayendo perpendicularmente desde la copa del arbusto á los pies del grande hombre y rozándole la punta de la nariz, le hizo la luminosa confidencia de la gravitación universal.

¿Y no es esto un cruel capricho de la fortuna?

¿No es coronar de gloria al genio, al mismo tiempo que lo silba arrojándole al rostro una manzana?

¿Se puede reunir á la vez más favor y más desprecio?

Newton, en aquel momento que nosotros no podemos comprender, debió bendecir su fortuna y maldecir su suerte.

Lo mismo que Adán al saborear las amargas dulzuras de aquella otra manzana, debió sentir á un mismo tiempo la soberbia y la vergüenza.

Pero la fortuna no tiene solamente crueles extravagancias; tiene además terribles complacencias.

Á menudo se coloca sobre grandes desgracias, sólo con el fin de quitar á las víctimas el derecho de ser compadecidas.

Veamos un caso.

Por desgracia, el caso que voy á exponer es harto frecuente en Madrid.



No necesito más que apuntarlo ligeramente, porque ¿quién no lo ha visto alguna vez?

La calle ó la plaza que ha de servir de escena á este drama es indiferente, porque de la misma manera es terrible, sea el que quiera el sitio donde ocurra.

Se trata de un hombre elevado por su profesión sobre un andamio á la altura del cuarto piso de una casa cuya escalera no se ha hecho todavía.

Al verlo en tan alto puesto, las gentes sencillas pasan exclamando con curiosa admiración :

—¡Cómo habrá podido subir ese hombre!

Los que así exclaman ignoran que los albañiles no necesitan para elevarse esas escaleras sólidas y firmes por donde suben las gentes sencillas.

Si hojearan la *Guía de forasteros*, allí sí que exclamarían á menudo :

—¡Cómo ha podido subir tanto este hombre!

El albañil, de pie sobre la frágil tabla del andamio, se mueve delante del peligro con ese abandono que da la costumbre : tiene el valor de su oficio.

La obra está terminada, y empieza á desatar las ligaduras del andamio. El extremo de una cuerda cogido en la juntura de dos tablas se resiste, y el albañil, impaciente, tira con un esfuerzo mayor del necesario; la cuerda cede, y el hombre, arrastrado por su propio esfuerzo, aparece en el aire.

Resuena en la calle un grito de horror, lanzado á la vez por las bocas de todos los espectadores.

Ese grito es una palabra profunda, que sólo se puede encontrar en el diccionario de la naturaleza. Todas las academias reunidas no inventarán jamás la expresión propia de las grandes emociones. Los diccionarios de las academias no sirven más que para expresar los términos medios de los afectos humanos.

El pobre albañil, arrastrado por su peso, iba á estrellarse sobre las baldosas de la calle; pero, ¡oh fortuna!, la misma cuerda que, si se puede decir así, le había empujado, se le ofrece al caer pendiente del andamio, se ase á ella, y queda suspendido, meciéndose en el aire sobre las cabezas apiñadas de una multitud muda y curiosa, á una altura de sesenta pies.

El aspecto de la fortuna en esta ocasión no puede ser más terrible. Aquella cuerda, que es una esperanza de salvación, tiene la horrible crueldad de crujir sordamente á cada balanceo que el peso del cuerpo imprime en ella.

En un momento se disponen los medios de sacarlo de tan angustiosa y afortunada situación; pero el filo de la tabla sobre que se apoya la cuerda la roza sin descanso, y al fin la rompe.

Un nuevo grito, que se confunde con el ruido del cuerpo al estrellarse sobre las baldosas, pone término á una escena, que, transportada á un teatro, se convertiría en una mina de oro.

La gente, pálida, aterrada, rodea á la víctima.

De repente el espanto se apacigua; un mur-



mullo de satisfacción circula, y el albañil se ofrece á la vista de todos, sentado sobre la acera, con el rostro sereno y la cabeza sana. La multitud prorroga en esta exclamación de alegría:

—¡Qué fortuna! ¡Se ha roto una pierna!

¿No es esto una terrible complacencia de la suerte? ¿No es romperle á un hombre una pierna para que todo el mundo vaya á decirle: «¡Qué fortuna?»

¿Quién puede incurrir en la ridiculidad de complacecer á un hombre que ha tenido la fortuna de romperse una pierna?

Si ese hombre hubiera tenido la desgracia de no caerse, ¿tendría ahora la fortuna de quedarse cojo?

Hay otra fortuna, que es moderna, fortuna que se hereda, que se hace, que se improvisa y que se malgasta.

Fortuna cuyo templo es la Bolsa, su vida la especulación, su misterio el negocio. Fortuna irresistible que al fin ha vencido á la otra fortuna.

La fortuna de César, de Napoleón, de Newton, la fortuna antigua ha tenido que refugiarse, como sus únicos dominios, al fondo de los sacos de donde salen los números premiados de las loterías.

Si fuera posible destapar los misteriosos aparatos sobre que se sostienen las más flamantes fortunas, no veríamos una casual combinación de circunstancias; veríamos un mecanismo calculado, previsto y dispuesto minuciosamente como la máquina de un reloj.

César sembró su inteligencia, Newton su sabiduría, Napoleón su genio; lo demás lo hizo la fortuna.

La fortuna moderna no pide ni inteligencia, ni sabiduría, ni genio. Le pide al hombre su dignidad, su corazón, sus virtudes y su conciencia, y le llena la casa de oro. Reclamo el testimonio de los jugadores. ¿Hay alguna combinación de naipes, de dados, hay algún juego de suerte en que sea la fortuna la que reparte las pérdidas y las ganancias?

El que no sepa jugar es necesariamente un jugador sin fortuna: la habilidad ha vencido al azar.

Los dados caen según como se echan; los naipes salen según como se sacan.

Madrid es una mesa de juego: el que no salga arrastrando su conciencia, no alcanzará los favores de la fortuna.

El que quiere buscar á la fortuna que no impone ninguna humillación, no le queda más recurso que jugar á la lotería.

Tú, lector, que debes ser un hombre de bien, no te fíes de esas últimas palabras.

La fortuna que puedes buscar por medio de la lotería no te exige que vendas ninguna de tus virtudes, pero llevas una probabilidad contra treinta mil de que llegue un día en que te haga vender la camisa.

Piensa bien en esto: si la camisa no es una de las virtudes, hay una virtud que no se puede tener sin camisa.



Tú eres honesto, y me habrás comprendido.

Si fueses tan desgraciado que no pudieses salir en busca de la fortuna ni siquiera por el camino de la lotería, voy á consolarte con una verdad desastrosa:

Pierde la vergüenza, y tendrás fortuna.



## DOS DE NOVIEMBRE

**T**OMO la pluma lleno de una extraña curiosidad : quisiera saber qué hay en el fondo de mi tintero.

Lo tengo delante , y me asomo á él como pudiera hacerlo á la boca de un pozo. Todo lo que distingo es oscuro.

Apenas tiene mi tintero dos pulgadas de profundidad, y me parece que estoy asomado á la boca de un abismo.

¡Es singular! ¡Qué cosas se ven donde no hay nada que ver!

¿De dónde sale esa multitud de figuras , de colores, de dibujos que se ven siempre que cerramos los ojos?

¿Cómo vemos todas esas cosas invisibles?

¿Qué especie de mundo es ese que sólo se revela á nuestros ojos cuando los cerramos?



La oscuridad tiene su luz y sus colores, como el silencio tiene sus ruidos y sus armonías.

¡Qué cosas se oyen durante el silencio de una noche muda! ¡Qué cosas se ven en la inmensidad de una noche oscura!

El hombre explica todos los fenómenos de la naturaleza; se da razón de las nubes, de las montañas, del cielo y de la tierra.

Ha sorprendido el camino de las estrellas, y sabe con prodigiosa exactitud adónde van, de dónde vienen, cuándo se acercan y cuándo se alejan.

El mundo exterior se abre á sus ojos como un libro que se sabe de memoria; pero cierra los ojos y se tapa los oídos, y todo le es desconocido.

Dentro de sí mismo no sabe lo que hay.

No puede explicar lo que ve cuando cierra los ojos, y le ha llamado oscuridad; no puede repetir lo que oye cuando se tapa los oídos, y le ha llamado silencio.

La razón humana resuelve muchas veces las cuestiones más arduas con una palabra: con un nombre suele salir de sus más terribles apuros.

La nada, la oscuridad, el silencio, el tiempo, la eternidad y lo infinito, son otros tantos centinelas que les están gritando siempre: «¡Atrás!»

La inteligencia es una luz que se apaga al llegar á estos límites, como una antorcha que se sumerge en el agua.

¡Extraña prisión!: la nada nos cierra el paso, la oscuridad nos oprime, el silencio nos aturde, el

tiempo nos empuja, la eternidad nos sostiene, y lo infinito nos abrumba.

Todo esto encuentro yo en el fondo de mi tintero: la tinta cae sobre el papel como un velo de luto; las letras se combinan misteriosamente, y me gritan con una voz que sólo entra por los ojos:

«Hoy es el día consagrado á los difuntos.»

Hoy, como debiera decirse entre las gentes de buen tono, es el día que los muertos no reciben.

La Iglesia viste de negro, las campanas doblan y los cementerios se abren.

Hoy es el día de las ofrendas fúnebres.

¡Extraño contraste!: hay una flor que nunca muere, y ella es la que se coloca en el último asilo del hombre.

Un ramo de *siemprevivas* adornando la losa de un sepulcro, parece que quiere decir: la muerte es inmortal.

Delante de una sepultura, necesita el cadáver despojarse de todos los atavíos de la vida.

Así como al entrar en una casa fastuosa dejamos á la puerta el coche, la capa, el paraguas y los chanclos, de la misma manera dejamos á la puerta del sepulcro el nombre, los títulos y los honores con que hemos hecho el viaje de la vida.

Es todo lo que puede hacer la vanidad humana.

Las puertas de la eternidad son demasiado estrechas para que pueda pasar el orgullo de los hombres, y la vida, al escaparse, cuelga delante del sepulcro los aparatos de nuestra soberbia.

Apenas hay un nicho que no publique en letras



de oro esculpidas en un pedazo de mármol: «Aquí yace el Excmo. Sr. D. N., Marqués, Conde ó Duque, condecorado con varias cruces, orador elocuente, general invencible, ó ilustre publicista.» La muerte no quiere más que lo suyo; lo que es del mundo se lo deja al mundo.

En los cementerios de Madrid, rara es la losa que no representa un catálogo de títulos, honores y distinciones: parece que sólo mueren los grandes hombres, las grandes dignidades y las grandes virtudes.

Los cementerios son aquí una especie de libros en los que cada hombre tiene una página donde estampar el oropel de sus vanidades.

También en los cementerios hay para la podredumbre mantos de púrpura, honores y grandeza.

La muerte, que hace iguales á todos los hombres, no ha podido echar su nivel sobre las sepulturas.

La ciudad de los muertos no se diferencia mucho de la ciudad de los vivos.

Dentro del recinto de un cementerio, los despojos mortales se disputan como los hombres de la ciudad el terreno, los mármoles y el oro.

Nadie se atreverá á decir que un muerto vive, y, sin embargo, paga un muerto el alquiler de su sepulcro como un vivo el de su casa.

Cada vecino, lo mismo en la ciudad que en el cementerio, *vive* con arreglo á su fortuna.

Es inútil morirse para huir de ese enemigo del hogar doméstico que se llama casero, porque un

cadáver es también un inquilino, y morirse no es más que cambiar de casa.

Registrando bien, lo mismo se encuentran corazones podridos en los cementerios que en las ciudades.

No hay necesidad de ir á recorrer las solitarias calles de los cementerios para encontrar sepulcros.

Todo hombre es la sepultura de un niño; todo anciano la sepultura de un joven.

En la frente de cada uno de ellos pueden leerse estos epitafios: «Aquí descansa la inocencia.» «Aquí yace la juventud.»

Mirad esas mujeres que han sido hermosas, que todavía se presentan coronadas de flores como las sepulturas en el día de los difuntos: ellas no son más que sepulcros blanqueados; en ellas está enterrada la hermosura.

Un pretendiente es el cadáver de un empleado. Las antecelas de las secretarías son cementerios donde los cesantes esperan la resurrección de la carne.

Un cambio de ministerio es casi siempre un día de difuntos.

Ese ancho cauce que pasa por Madrid escondiéndose de la población, ¿qué es más que la sepultura donde están enterradas las aguas del Manzanares?

Por cualquier parte que se mire, se ve escrito sobre la arena: «Aquí yace el río.»

¿Qué mesa de café no habrá servido de losa funeraria á la honra de alguna mujer?



Los recuerdos, esas misteriosas palpitaciones de la memoria, no son más que epitafios que vienen á decirnos: «Aquí tienes enterrada una alegría; aquí yacen los despojos de una esperanza; aquí hay sepultado un desengaño; aquí esperan la resurrección los restos de una venganza; aquí descansa un deseo malogrado; aquí duerme para siempre el cadáver de una ocasión perdida.»

El cuerpo, este edificio en que nos vemos prisioneros, no es otra cosa que un miserable nicho, en el cual está el alma sepultada.

¿Qué es el Diccionario de la lengua más que un cementerio de palabras, cuerpos sin alma, que están allí colocados en orden con sus respectivos epitafios, esperando resucitar al soplo animador de un pensamiento?

El que sabe griego, ¿qué es más que el sepulcro de una lengua muerta?

Toda la tierra es un vasto cementerio.

Al cabo de seis mil años sería imposible poner el pie sobre un lugar que no hubiera sido ya una sepultura.

Los cementerios que hoy nos llaman no son otra cosa que colecciones modernas de los últimos muertos.

El último asilo del hombre no vive más que el hombre mismo.

El tiempo: ese es el gran sepulcro que todo se lo traga.

Su epitafio es invariable, pero el cadáver que encierra es siempre el mismo: la humanidad.

En vano esas lápidas labradas y esos epitafios pomposos quieren perpetuar la memoria de una vida que ha concluído. En vano es escribir un nombre, que ha de borrarse con la misma facilidad que borra la muerte la mirada en los ojos de un moribundo.

El linaje humano viene á oleadas, y al estrellarse contra los mármoles de los sepulcros, deja sobre las losas por todo recuerdo un poco de espuma que hierve un instante y se disipa.

Dios le dijo al Océano: «De aquí no pasarás,» y en vano se empina tumultuoso sobre las playas, y en vano azota los peñascos que le cierran el paso.

De la misma manera Dios le ha dicho á la soberbia humana: «De aquí no pasarás,» y en vano confía á la piedra la memoria de su nombre.

El olvido, el negro olvido, ese velo profundo que viene detrás de todas las glorias y de todas las grandezas humanas, cae también sobre las sepulturas.

Sólo hay una voz que lo rasga, y es el sonido triste de las campanas que doblan en el día de difuntos.

Es la voz de todas las generaciones juntas, que vienen á pedirnos un santo recuerdo y una benéfica oración.

Este es el día en que la religión nos acerca á las puertas de la eternidad para que llevemos nuestras ofrendas.

Los cementerios están cerca de las ciudades, y, sin embargo, no hay un vivo que no se crea muy lejos del cementerio.

Hoy hemos ido. ¿Cuándo nos llevarán?